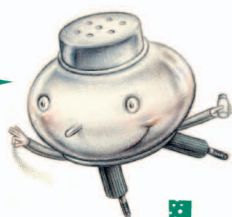


Ana Alonso

Los magos del Gran Bazar

Ilustraciones
de Lucía Bande

ANAYA



PIZCA DE SAL

1.ª edición: marzo 2012

Dirección de la colección: Olga Escobar

© Del texto: Ana Alonso, 2012
© De las ilustraciones: Lucía Bande, 2012
© De las fotografías de cubierta: Getty Images; 123RF
© Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2012
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
www.anayapizcadesal.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Diseño de cubierta:
Miguel Ángel Pacheco, Javier Serrano
y Patricia Gómez

ISBN: 978-84-667-2951-8
Depósito legal: M. 4081/2012
Impreso en Anzos, S. L.
28942 Fuenlabrada (Madrid)
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la nueva *Ortografía de la lengua española*, publicada en 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Ana Alonso

Los magos del Gran Bazar

Ilustraciones
de Lucía Bande



ANAYA

CAPÍTULO 1



Como todos los miércoles, el sultán Akbar, soberano del poderoso reino de Bahar, se había levantado de muy buen humor. El miércoles era su día favorito de la semana por varias razones: en primer lugar, porque los miércoles había pastelillos de queso para desayunar; en segundo lugar, porque los miércoles tenía la mañana libre y se podía dedicar a cuidar sus colibríes y a regar sus bonsáis; y en tercer lugar, porque los miércoles le tocaba ponerse su turbante de cuadros escoceses, que era el que más le gustaba de todo su guardarropa.

Pero además, aquel miércoles Akbar tenía un motivo especial para sentirse contento: faltaban solo veinticuatro horas para el «Décimo Festival de Magia del Reino de Bahar», y el sultán, que adoraba la magia, sonreía en su cama al pensar en todos los espectáculos maravillosos y en los objetos increíbles que los magos del reino presentarían en el palacio para la gran ocasión.

Con una sonrisa de oreja a oreja, el sultán Akbar se puso su túnica de color verde mar, se enrolló el tur-

bante de cuadros en la cabeza y se fue a buscar a su hija Lía para desayunar con ella. Normalmente, los largos pasillos del palacio, con sus alfombras interminables y sus miles de puertas y ventanas, le daban tanto miedo que rara vez se aventuraba a atravesarlos solo. Pero ese miércoles se sentía tan animado, que ni siquiera se dio cuenta de lo grande y majestuoso que era todo a su alrededor: estaba deseando desayunar sus pastelillos de queso y hablar del festival de magia con su hija.

La princesa Lía se alegró mucho al ver a su padre de tan buen humor. Los dos subieron juntos al mirador de la torre norte, que tenía las paredes de cristal y ofrecía una espléndida vista de toda la ciudad de Dahirra, capital del reino de Bahar. Mientras esperaban a que les trajeran el desayuno, Akbar apuntó, orgulloso, hacia las cúpulas del Gran Bazar de la ciudad.

—Mira, Lía, nuestro Gran Bazar —dijo satisfecho—. No hay ningún mercado en el mundo que se pueda comparar con él... ¿Sabes por qué?

—No sé, papá... Porque... ¿es el más grande?

El sultán hizo un gesto negativo con la cabeza, escandalizado.

—No, no, ni mucho menos. No es el más grande, qué va... ¡Solo nos faltaría eso! Ya tenemos suficientes cosas enormes en Bahar. Con nuestro querido Mansur y su ministerio de Obras y Empresas Faraónicas, cada vez hay más estadios colosales, puentes gigantescos y plazas inmensas. ¡Con eso tengo bastante!



Lía sonrió. Conocía el horror de su padre hacia todas las cosas demasiado grandes, y los esfuerzos que tenía que hacer para no salir corriendo cada vez que su ministro de Obras y Empresas Faraónicas le presentaba sus exagerados proyectos.

—Entonces, ¿qué es lo especial de nuestro Bazar? —preguntó la princesa—. A mí me parece muy bonito, con sus cúpulas, sus fuentes y todos sus puestos de colores, pero como yo no he viajado nada, no puedo compararlo con otros mercados del mundo.

—Bueno, tampoco es que yo haya viajado mucho —reconoció el sultán—. Pero según consta en mis informes, nuestro Gran Bazar es el único del mundo donde se venden habitualmente toda clase de mercancías mágicas. Y eso me recuerda que la víspera del festival tendré que entregar, como todos los años, el Premio al Mejor Artesano Mágico de la ciudad... ¡Una vez más podré felicitar al bueno de Zarir!

—¿Otra vez ha ganado él? —preguntó Lía sorprendida—. Gana todos los años...

—No es extraño. Es el primer exportador mundial de alfombras mágicas. Uno de los principales empresarios del reino de Bahar. Es un orgullo para el país tener un ciudadano como él.

—¿De verdad es tan importante? Nadie lo diría, viendo cómo va vestido. El año pasado vino a la entrega de premios con una túnica gris toda raída y unos zapatos llenos de agujeros.

—¿Y qué? —El sultán frunció el ceño—. No hay que juzgar a la gente por su aspecto, sino por sus obras. Las alfombras de Zarir son maravillosas, te lo digo por experiencia. Tu madre y yo hicimos en una de ellas nuestro viaje de novios... ¡Qué días tan felices!

El sultán lanzó un hondo suspiro, y miró distraídamente hacia las montañas a través de la pared de cristal del mirador. Echaba de menos a su esposa...

Jasmín, la madre de Lía, era una mujer encantadora y muy agradable en todos los sentidos, pero desde hacía algunos años se había obsesionado con la limpieza y con los gérmenes. Decía que en la ciudad había demasiados microbios, y se pasaba casi todo el tiempo en una bañera de vacaciones que el sultán tenía en las montañas.

Lía también echaba de menos a su madre, pero no quiso decir nada para no entristecer a Akbar.

—Espero poder viajar algún día yo también en una de esas alfombras—comentó en tono ligero—. ¡En cuanto ahorre lo suficiente me compraré una en la tienda de Zarir!

—Para eso, antes tendrás que sacarte el permiso de conducir alfombras voladoras —dijo el sultán—. Y hay que tener dieciocho años para examinarse... ¡Ah, por fin! Ya llega el desayuno.

Zuleima, la jefa de los autómatas reales, entró en el mirador con el carrito del desayuno.

—Buenos días, Majestad —dijo, y los muelles dorados de sus tirabuzones tintinearón cuando se inclinó

en una graciosa reverencia—. Espero que hayáis descansado bien... Y buenos días también a vos, princesa.

—Buenos días, Zuleima —dijo el sultán—. Pastelillos de queso, ¡qué deliciosa sorpresa! No me acordaba de que hoy tocaban pastelillos de queso...

—Todos los miércoles decís lo mismo, Majestad —dijo Zuleima, arqueando sus finas cejas de oro sobre sus ojos de zafiros—. Me parece sospechoso que tengáis tan mala memoria... ¿De verdad no os acordabais de los pastelillos?

—Siempre lo olvido justo antes de subir al mirador, para poder sorprenderme cuando llegan. ¡Así los disfruto más! ¿Hay alguna novedad para hoy, Zuleima?

—El visir Firuz insiste en veros cuanto antes, Majestad —dijo la jefa de autómatas mientras servía con delicadeza el zumo de naranja en dos vasitos de cristal—. Le he dicho que aún estabais durmiendo, pero no sé si voy a poder retenerlo mucho tiempo más. Ya sabéis que tiene espías en todas partes, incluso en las cocinas.

—¡Eso significa que lo tendremos aquí en cualquier momento! —murmuró Lía, disgustada.

Firuz, el gran visir de Bahar, era un hombre de rostro amarillento, ojos de acero y corazón malvado. Pero también era inteligente, y conocía mejor que nadie los secretos de la complicada administración del reino de Bahar. El sultán sabía que no podía prescindir de sus servicios... Pero temblaba de miedo cada vez que tenía que discutir con él.



—Algún problema, lo veo venir —murmuró mirando a su hija—. Firuz nunca viene a verme para darme buenas noticias.

Zuleima rodó silenciosamente hacia la puerta y la cerró tras ella. El sultán Akbar comenzó a mordisquear un pastelillo de queso, pero ya no se le veía tan entusiasmado como antes.

—Me pregunto cuál será la emergencia que trae por aquí al visir a una hora tan temprana —murmuró apesadumbrado—. Normalmente no empieza a hacerme la vida imposible antes de las doce.

—Quién sabe; a lo mejor ha ocurrido algo importante de verdad...

El chirrido del ascensor atrajo la mirada del sultán hacia la puerta.

—Bueno, parece que no vamos a tardar mucho en enterarnos. ¡Ya está subiendo! —suspiró.

Unos segundos después, Firuz irrumpió en el mirador sin llamar.

—Siento molestaros a una hora tan temprana, Majestad —dijo, ignorando a la princesa—. Pero ha surgido un asunto de vital importancia que debéis resolver cuanto antes... Se trata del festival de magia.

—¿Algún problema con el festival? —preguntó Akbar, angustiado—. No me digas eso, Firuz... ¡Llevo esperando ese festival todo el año!

—Pues, si no queréis que esa celebración quede marcada como una página negra de vuestro reinado

para siempre, debéis hacer algo cuanto antes. Se trata del Premio al Mejor Artesano Mágico de la ciudad... ¿Ya habéis decidido quién es el ganador?

El sultán miró a Lía, perplejo.

—Pues claro, ¿quién va a ser? —contestó inseguro—. Zarir, como todos los años...

—¡Me lo temía! —tronó Firuz, acercándose a Akbar con expresión amenazadora—. Majestad, habéis desatendido vuestras obligaciones en este importantísimo asunto. Es responsabilidad vuestra convocar un jurado fiable, establecer las bases del premio y otorgarlo a quien más lo merezca con justicia y sin favoritismos.

—¿De qué estás hablando, Firuz? Todo el mundo sabe que Zarir es el mejor artesano mágico del Gran Bazar. De sus talleres salen cada año miles de alfombras mágicas que se exportan a todo el mundo.

—¿Ah, sí? ¿Eso creéis? Mirad este informe, Majestad. Ha llegado esta misma mañana en el correo. Son datos oficiales del Bazar...

El sultán examinó apresuradamente el documento que Firuz le había tendido.

—No puede ser. ¿Qué significa esto? ¿Zarir no ha vendido ni una sola alfombra mágica en todo este año!

Los ojos del sultán se alzaron temerosos hacia las pupilas metálicas de Firuz.

—Yo... ¿Cómo iba a saber... cómo querías que supiera...? ¡Alguien debería haberme informado!

—Vos sois el sultán todopoderoso de este reino —dijo Firuz sonriendo con desprecio—. Deberíais tener asesores que os mantengan informado de estas cuestiones. Yo cargo con la mayor parte del trabajo de la administración, ¡pero no puedo estar en todo! El premio lleva vuestro nombre, Majestad: Premio Akbar al Mejor Artesano Mágico del Gran Bazar. Lo menos que podríais hacer es otorgarlo con conocimiento de causa. ¡Es vuestra responsabilidad!

—Tienes razón, Firuz —murmuró el sultán abatido—. Y te agradezco mucho que me hayas avisado a tiempo del error que iba a cometer. Habría quedado en ridículo si le llego a dar el premio a Zarir...

—¡Desde luego que sí! En el Bazar, todo el mundo sabe lo que está ocurriendo con su taller. Os habríais cubierto de oprobio si llegáis a darle el premio, Majestad.

—¿Por qué ha dejado Zarir de fabricar alfombras mágicas? —preguntó Lía—. ¿Es que se ha retirado?

—Puede ser —contestó Firuz sin mirarla—. No tengo ni idea...

—¿Quién ha enviado ese informe que tenéis en las manos? —siguió preguntando la muchacha.

El sultán leyó el nombre que figuraba al final del documento.

—Está firmado por un tal Iraj, del Gran Bazar. Iraj... ¿De qué me suena ese nombre?

—Es otro fabricante de alfombras mágicas, ¿no? —dijo Lía mirando a Firuz—. Esto es muy raro, papá.



Un mago del Bazar denunciando a otro... ¡A lo mejor es que quiere impedir que le demos el premio!

—Habrá que investigarlo —suspiró el sultán—. Y habrá que descubrir quién merece ese premio si lo que pone en el informe es verdad. Pero solo tenemos un día, y hay muchos magos en el Gran Bazar... ¿Qué vamos a hacer? ¿Podrías encargarte tú de esto, Firuz?

—¿Yo? ¡De ninguna manera! Bastante he hecho ya con avisaros. ¿Es que creéis que no tengo nada más que hacer que solucionar vuestros errores? Lo siento, sultán, pero esta vez tendréis que apañáoslas sin mí.

—No te preocupes, papá —dijo Lía, mirando con fiereza a Firuz, que apenas podía disimular su sonrisa—. Yo te ayudaré. No necesitamos a Firuz para resolver esto.

—¿En serio, de verdad crees que puedes resolverlo sola? —Firuz se echó a reír con sarcasmo—. No lo conseguirás.

—No voy a hacerlo sola —contestó Lía, desafiante—. Lo resolveré con la ayuda de mi amigo Alí.